

Política viva: Los Zapatistas celebran su 20° aniversario

Por Diana Taylor *

*Avanzo un metro, se aleja un metro
 Avanzo dos metros, se aleja dos metros
 Avanzo diez metros, se aleja diez metros
 Sé que nunca lo alcanzaré
 Sé que es una utopía
 Que es un sueño
 Entonces...
 ¿Para qué sirven los sueños, las utopías?
 ¡Para avanzar!
 (Pintura en un muro en Oventic, Chiapas)*

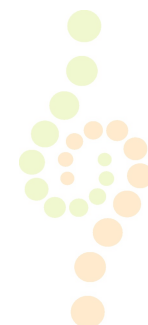
Entre el 9 y el 11 de agosto del 2013, unos pocos meses antes del 20° Aniversario del levantamiento contra el gobierno mexicano del 1° de enero de 1994, los Zapatistas decidieron hacer una fiesta. El Subcomandante insurgente Moisés llamó a “quienes se hayan sentido convocados” a celebrar el décimo aniversario de la creación de los cinco ‘caracoles’ (municipalidades autónomas) zapatistas, cada una de las cuales cuenta con su propia estructura administrativa, la Junta del Buen Gobierno o JBG.¹ Los caracoles fueron creados con el objetivo de organizar sistemas de salud pública, educación y servicios básicos que atendieran las necesidades de las diversas comunidades autónomas, necesidades frente a las cuales el gobierno mexicano ha respondido con agresión y puros problemas. Como una contrapropuesta al ‘mal’ gobierno, los cinco hombres y mujeres, aproximadamente, del JBG, son elegidos para ejercer el cargo en forma rotativa por votación directa de la comunidad, cuyo mandato deben obedecer. La fiesta formaba parte de un redireccionamiento mayor en el *camino largo* de los Zapatistas hacia la autonomía. Los Zapatistas estaban empezando así a abrirse, una vez más, a la sociedad civil. Además de la fiesta, habían organizado la primera sesión de la *escuelita* para quienes quisieran quedarse con ellos durante una semana a aprender las formas en que despliegan su política viva.

Ubicado en la sierra maya del Sur de México, San Cristóbal de las Casas bullía con los visitantes y periodistas independientes de todas partes del mundo que habían llegado para la fiesta. Mil setecientas personas habían sido admitidas en la *escuelita* esta vez, incluyendo a personalidades de los derechos humanos y la educación.² Un número

* New York University. Traducción de Milena Grass. E-mail de contacto: diana.taylor@nyu.edu.

¹ Los cinco caracoles son: La Realidad, Roberto Barrios, La Garrucha, Oventic y Morelia. Más información disponible en: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2013/03/17/fechas-y-otras-cosas-para-la-escuelita-zapatista/>. Fecha de consulta, 02/12/2014.

² Entre los participantes estaban Nora Cortiñas (Presidente de la Asociación de Madres de los Desaparecidos (Línea Fundadora) y Pablo Gonzáles Casanova (antiguo Rector de la UNAM, Universidad Autónoma de México).



similar asistió por videoconferencia desde el CIDECI (Centro Indígena de Capacitación Integral), una universidad local de inspiración “zapatista”. Para la celebración de los *caracoles*, minibuses, camiones y automóviles se alinearon a lo largo de toda la calle que atraviesa Oventic, el *caracol* más cercano a San Cristóbal de las Casas, Chiapas y, por ende, el más visitado. Un cartel en el camino decía: “ESTÁ USTED EN TERRITORIO ZAPATISTA EN REBELDÍA. Aquí manda el pueblo y el gobierno obedece”

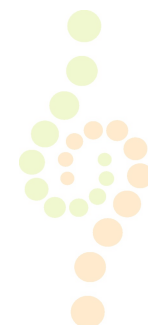
Una reja de metal humilde separa Oventic del resto de México; allí donde se abre para permitir el acceso, un gran arco cubierto de flores invita a pasar a los visitantes. Son alrededor de las 20hs cuando llegamos ese día viernes. Aunque está oscuro y arrecia la lluvia, la gente hace fila para entrar. Corremos a guarecernos bajo los enormes toldos de plástico. Las cuarenta personas que conforman nuestro grupo vienen de San Cristóbal, donde estábamos participando del curso Arte y Resistencia, que yo misma dictaba allí, por tercera vez en Chiapas, con la artista/activista mexicana Jesusa Rodríguez.³ Nos apretamos unos contra otros, esperando, mientras un Zapatista enmascarado pide ver nuestros documentos de identificación. Le entregamos la lista donde figura también nuestro país de origen; están todas las Américas: Venezuela, Colombia, Argentina, Chile, Perú, Brasil, México, los EE.UU. y Canadá. Hay también un participante de Uganda, dos de España y otra de Australia. Tres personas de nuestro grupo son mujeres indígenas mayas que participan como artistas en nuestro programa. El hombre nos mira, decide no contarnos y se va con la lista. Otro se nos acerca para mantenernos vigilados. Una de las mujeres de nuestro grupo le dice algo y él sonríe por debajo de su máscara. Quiere saber de dónde somos y por qué queremos estar allí, una buena pregunta a la que volveré más adelante. “Para celebrar”, dijimos todos. °

Chiapas representa un escenario notable para el estudio del arte y la resistencia por muchas razones, siendo la más importante el hecho de que los Zapatistas son verdaderos expertos en resistir.⁴ Han probado todo tipo de estrategias –desde la guerra armada con que partieron a inicios de 1994, pasando por las negociaciones con el “mal” gobierno, de donde resultaron los Acuerdos de San Andrés⁵ (1996), que debían garantizar la autonomía y los derechos de los pueblos indígenas, la pérdida de la fe en el gobierno mexicano que no cumplió con honrar dichos acuerdos, y la creación, en el 2003, de un gobierno “bueno” alternativo con centros administrativos autónomos, hasta

³ Arte y Resistencia “explora las diversas maneras en que los artistas y los activistas usan el arte (performance, pintura mural, graffiti, escritura, música) para realizar intervenciones sociales en las Américas. La parte teórica del curso, dictado por Diana Taylor, mantiene un activo diálogo con la investigación basada en la práctica que constituye un componente fundamental del curso. Como parte del curso, Jesusa Rodríguez dirigirá un taller intensivo de performance de una semana que culminará en una acción pública. También participarán en él Jacques Servin de los Yes Men, con una conferencia y un laboratorio, y Lorie Novak, quien tendrá a su cargo el trabajo con los medios digitales. Las performances, los visionados de videos, las conferencias de los invitados y las visitas al FOMMA, Chiapas Media Project, una comunidad Zapatista y otros proyectos activistas, permitirán revisar desde una dimensión complementaria las preguntas que surjan de las lecturas teóricas. Se impulsará a los estudiantes para que exploren las posibilidades de una investigación basada en la práctica, desarrollen sus propios lugares de investigación y compartan su trabajo en una presentación oficial final”. Más información disponible en: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/en/summer-2013-mexico>. Fecha de consulta, 02/12/2014.

⁴ Otra razón por la cual Chiapas es tan fundamental para entender la Resistencia es que la frontera sur del Estado representa el escenario de una intensa actividad migratoria -miles de personas cruzan desde América Central tratando de alcanzar la frontera norte de México con EE.UU-. Ver la obra de Claudio Lomnitz (2015).

⁵ Más información disponible en: <http://zedillo.presidencia.gob.mx/pages/chiapas/docs/sanandres.html>. Fecha de consulta, 02/12/2014.



las marchas nacionales a través de todo el país que visibilizan las demandas zapatistas en favor de la justicia y la dignidad (cfr. Vera Herrera, 2001), y la clausura de los caracoles al mundo, abriéndolos sólo para quienes los apoyan tanto a nivel nacional como internacional, y ahora con la invitación para celebrar y asistir a las *escuelitas*.

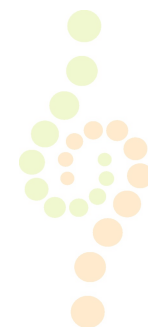
Y aun así, la vulnerabilidad de los Zapatistas es innegable –no sólo en tanto personas predominantemente indígenas, sino como individuos que viven en activa oposición al gobierno nacional-. Pero aquí, en esta reflexión, me voy a concentrar en su vulnerabilidad no como una condición o estado del ser, sino como un hacer y una relación de poder. La vulnerabilidad de los Zapatistas ha sido impuesta estructuralmente al tiempo que se la ha organizado económicamente desde los tiempos de la Colonia hasta el presente. El NAFTA (Tratado de Libre Comercio de América del Norte) fue tan sólo la gota que rebalsó el vaso. Pero ellos se adaptan, dicen, “para no dejar de ser” seres históricos (Taylor y Servin, 2013). El problema de fondo, para citar a John Holloway (2010), es que el *poder* de las comunidades indígenas *para* vivir, trabajar y florecer ha sufrido un ataque constante por parte del gobierno que ejerce el *poder sobre* su vida, su trabajo y su bienestar. ¿Cómo puede la resistencia contrarrestar este sistema que las “convierte” en vulnerables? Entonces, parafraseando la pregunta del Zapatista, ¿qué estamos haciendo aquí?

Parte de nuestro estar ahí, en el lenguaje de la academia, tiene que ver con una “investigación basada en la práctica”. Para nosotros, esto significa usar la experiencia y la práctica corporal como un punto de entrada para el aprendizaje y la teorización, y no sólo todo lo contrario –aplicar nuestras teorías a las prácticas, a lo que vemos o experimentamos-. En otras palabras, nuestra presencia y nuestras interacciones producirán nuevos conocimientos, o nuevas formas de conocer de modo diferente cómo se producen los hallazgos de otros a los que accedemos asistiendo a sus conferencias o leyendo sus artículos. Claramente, el proceso es complejo y poco claro –a menudo actuamos desde una posición de conocimiento previo y escribimos sobre lo que sabemos-. En este sentido, por ende, nosotros también estábamos (y estamos, siempre) enmascarados, ocultando nuestros prejuicios y sensibilidades detrás de una evidente voluntad de trascenderlos.

Por lo mismo, este enfoque basado en la práctica afecta indudablemente la forma en que voy escribiendo mis experiencias y hallazgos, y en cómo te las transmito a ti, el lector. En vez de ceder al impulso por evitar los pasajes descriptivos, un estilo del cual han abjurado por largo tiempo los investigadores dedicados a la teoría crítica -yo incluida-, aquí necesito destacar los acontecimientos para delinear las bases de las reflexiones críticas que siguen a continuación. Y aun así, al destacar los acontecimientos, resulta claro, mientras avanzo, que lo que veo y siento es el producto de los sistemas sociales de los cuales soy parte. En este sentido, nunca podemos experimentar lo que está “ahí” –porque eso mismo se vuelve parte de nuestra reflexión-.

Así que, por favor, ténganme paciencia

Esperamos bajo el toldo afuera de la tienda de tentempiés y recuerdos del Che Guevara que sirve de puente entre el *caracol* y la autopista. Familias enteras de indígenas entraban unas tras otras y seguían su camino hacia la fiesta dejándonos atrás. Mientras algunos vestían ropas de tipo occidental –pantalones y polerones-, gran parte de los mayas iban vestidos con las prendas tradicionales de sus distintos pueblos de origen. Las mujeres de Chamula llevaban sus gruesas faldas negras de piel de cordero y preciosas blusas bordadas propias del lugar bajo unos delgados suéteres de acrílico de todos los colores del arcoíris que las protegían del frío y la lluvia. Las de Zinacantán



vestían las hermosas blusas azul y morado de su pueblo. Y así había muchos otros patrones de diversas regiones que no pude identificar (cfr. Morris, 2012). Hasta el día de hoy, el bordado comunica significados entre los pueblos indígenas capaces de descifrarlos; una forma de “transcripciones ocultas”, como las llama James C. Scott (1990), pero en los textiles. Para los Zapatistas, las prácticas corporales y la estética del cotidiano nunca han estado separadas de la política. El estilo de la indumentaria, especialmente el pasamontañas y/o el *paleacate*, el pañuelo rojo que usan, los define a cada uno de ellos como Zapatista.

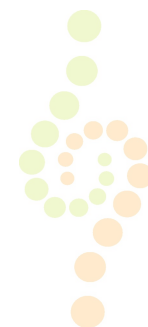
La gente pasaba a través de la entrada en la reja junto a nosotros y procedía a comprar comida o bebidas de fantasía antes de bajar hacia la enorme área donde todos se congregaban. Tal como lo decretó la Ley Revolucionaria de las Mujeres de 1993, en ninguna comunidad Zapatista se permite el alcohol.

Nuestro grupo parecía contentarse con esperar, algo raro en personas de veinte y treinta años con una movilidad social suficiente como para llegar a Chiapas. Y más raro aún porque no podíamos distraernos con ninguno de nuestros pasatiempos tradicionales, como tomar fotos o enfrascarnos en nuestros celulares. Oventic no tiene acceso a Internet y está prohibido tomar fotos sin autorización. Así que sólo nos quedaba esperar.

Reflexión Uno: Esperar

Esta no era la primera vez que los Zapatistas nos dejaban esperando. Cuarenta y ocho horas antes habíamos visitado Oventic en pleno día. Yo había pedido permiso con dos meses de anticipación adjuntando fotocopias de los pasaportes de todos. Cuando llegamos, dos hombres y una mujer nos recibieron a la entrada. Incluso en esa calurosa mañana de agosto, cada uno de ellos llevaba un pasamontañas. Les entregué una lista con los nombres de cada uno, su país de origen, pasaporte y una fotocopia. La mujer empezó a escribir con mucho esfuerzo cada nombre en la lista, preguntando por el país de origen y nuestro interés en la comunidad. “¿Por qué tienen que copiar todo de nuevo si ya tienen la lista?”, preguntó alguien de nuestro grupo. Tecnología maya, pensé. Cada comunidad administra la información a su manera. En este caso, el proceso pasaba por el cuerpo de esa pequeñísima mujer. Me era difícil entender sus preguntas y ella las iba repitiendo con paciencia. El español no era su lengua materna. Probablemente hablara Tzotzil o Tzeltal, las lenguas de los dos grupos lingüísticos dominantes en la región. Escribir también le exigía un esfuerzo corporal de gran concentración a juzgar por el foco que ponía en la escritura de cada palabra. Cada cierto rato, uno de los dos hombres llevaba la lista cerro abajo a uno de los edificios que flanqueaban ambos lados del largo camino recto. Desde la entrada, podíamos ver los extraordinarios murales pintados en los edificios de madera y hormigón. Después de dos horas y media, nos invitaron a entrar. Nadie se quejó. Estábamos ahí para tratar de entender la resistencia y los Zapatistas lo saben todo sobre la performance duracional. Quinientos años y siguen contando. El lugar común dice que la resistencia implica acción; sin embargo, tan importante como la acción –eso es lo que estábamos aprendiendo–, es la espera. Nosotros, que habíamos llegado apresurados desde el reino del tiempo instantáneo que caracteriza la globalización, estábamos detenidos: uno no puede controlar siempre el tiempo, ni el espacio ni las condiciones de nuestras acciones. Primera lección de los Zapatistas.

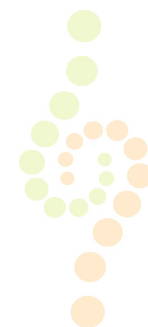
Ahora, en esa noche lluviosa dos días después, el tiempo parecía aún más largo. Y empecé a preguntarme si nos iban a negar la entrada a la fiesta. Todos los *caracoles* tienen una lista de “no dejar entrar”, pero sabíamos, por nuestra visita anterior, que



nadie del grupo estaba en ella. Vamos a entrar -me dije para tranquilizarme –tan sólo tenemos que esperar. Tal como la vez anterior, cedimos a la política de la espera y experimentamos, una vez más, la inversión del control y el acceso. Los Zapatistas detentan la autoridad aquí; controlan las entradas y salidas; estábamos esperando por el permiso. Esta es su tierra; nosotros somos los visitantes. Para una población tan sometida como los mayas lo han estado en Chiapas, ésta es una inversión notable. Hace cincuenta años, a los pueblos indígenas (que conforman el 25% de la población del estado) no se les permitía caminar por las veredas de San Cristóbal ni entrar a los bancos. Chiapas era el estado más pobre de México con el nivel más alto de analfabetismo (Ríos, 2014: 26). Las mujeres y niños cargaban pesados atados de leña sobre sus espaldas, para cuidar a los burros. Las muchachas podían ser vendidas o dadas en trueque. Y todo esto era tolerado abiertamente en nombre de la tradición. La Comandanta Esther, la primera mujer indígena en interpelar a la judicatura mexicana, dijo: “sabemos cuáles son los buenos usos de la tradición y cuáles son los malos” (Monsivais, 2003: 47). Los Zapatistas han asumido el mandato de la igualdad. Incluso parada a la entrada del *caracol*, el comportamiento de la mujer Zapatista al ingresar al espacio dejó en claro que aquí las mujeres son tratadas como iguales –y no sólo como un principio-; también en los hechos.

Después de quince minutos, nos dieron permiso para entrar y empezó nuestro camino cerro abajo. La música de los altoparlantes reverberaba. Todos los edificios que flanqueaban el camino estaban abiertos para servir a los visitantes. Los toldos de plástico estaban decorados con pálidas ampolletas que iluminaban todo el camino hacia abajo. Unos bancos de madera húmedos apenas se mantenían en pie cerca de las largas mesas cubiertas de canastos con comida. Estaba tan oscuro que apenas podía ver, así que encendí la linterna de mi *IPhone*. La densa lluvia se había llevado el camino que tan sólo dos días antes había sido recubierto de gravilla. Después de las lluvias, los Zapatistas empezaban a arreglarlo una vez más. Los vendedores ambulantes alimentaban el fuego para calentar unas enormes ollas de aluminio y unas parrillas donde cocinaban los choclos, que luego vendían con mayonesa, queso rallado y chile. Otros estaban vendiendo *atoles* calientes o bebidas y guisos nutritivos. La gente se agolpaba alrededor de los pequeños puestos para comprar tacos y tamales. Pirámides de bebidas de fantasía se alineaban en el perímetro de las mesas hechizas. El *caracol*, tan vacío hacía dos días, albergaba ahora a miles de personas que deambulaban en la oscuridad y bajo la persistente lluvia. Sólo unos pocos se veían como si pudieran ser los visitantes extranjeros que habían venido a las *escuelitas*.

Con los pies empapados de agua y barro, nos abrimos camino hasta la cancha de basquetbol principal, el lugar de reunión. Miré hacia abajo, preocupada, tratando de ver mis zapatos. Vicki, amiga y colega chamulana de FOMMA, un grupo de teatro de mujeres maya con quienes había trabajado durante quince años, caminaba a mi lado. Miré hacia abajo, más allá del ruedo de su ancha falda negra de piel de cordero y vi las pequeñas sandalias negras de plástico que llevaba puestas. “¿No se te están empapando los pies?”, le pregunté. “No importa”, sonrió, “siempre las uso.”. Comprendí, por primera vez, que la lluvia tenía para ella un sentido muy diferente que para mí; no era algo molesto, sino parte natural de la vida. Sus pies no tenían problema en empaparse. Eso formaba parte de su medio ambiente. No había nada que agregar. La lluvia enmudeció el sonido. Por sobre los altoparlantes, pudimos escuchar la voz suave de un hombre que hacía un anuncio en varios idiomas autóctonos. Algunas palabras como “bases de apoyo” y “bueno” se destacaban en todos los idiomas. Cuando llegó el



momento de que hablara en español, entendí que nos estaba invitando a congregarnos en la cancha. La parte oficial de la fiesta estaba por empezar.

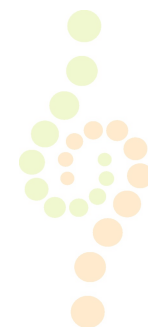
La *cancha* estaba flanqueada por una plataforma cubierta y una enorme bandera mexicana pegada al muro. Junto a ella, otra bandera más pequeña y negra con las letras EZLN en rojo alrededor de una estrella en el centro. La bandera del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, como su contraparte real y viva, se alzaba orgullosa y desafiante junto a su gigantesco vecino. La amplia extensión en torno a la cancha estaba convertida en pura agua y barro mientras la lluvia seguía cayendo. Todos permanecían reunidos en silencio, expectantes. Unos de los primeros oradores en tomar el micrófono hizo una broma: “Nosotros, los Zapatistas tenemos que resistirlo todo, incluso la lluvia”. Pero nadie se iba. Las familias se agolpaban bajo los toldos de colores para ver mejor.

La ceremonia oficial comenzó cuando una larga fila de representantes civiles de diversas comunidades zapatistas subieron a la plataforma –alrededor de treinta o cuarenta hombres y mujeres vestidos en sus trajes tradicionales indígenas-. Túnicas de piel de oveja blancos y negros para los hombres, que llevaban también sombreros de paja con cintas de colores colgando sobre sus pasamontañas. En sus pies, huaraches -las sandalias de cuero con suela de neumáticos dados de baja-. Las mujeres vestían faldas, blusas bordadas y sandalias de plástico negras. Luego, los muchos Zapatistas presentes marcharon alrededor de la cancha portando las banderas de México y del EZLN hasta tomar su lugar en posición firme. La ceremonia de apertura enfatizaba la naturaleza de “lucha armada” del movimiento, aunque hacía casi veinte años que los Zapatistas habían dejado las armas. La E de EZLN corresponde a la palabra “ejército”--algo que yo había pasado por alto, concentrada como siempre en los aspectos culturales de la resistencia-. La E aquí nos recordaba que quienes se niegan a reconocer el poder del estado tienen que estar preparados para pelear e incluso morir. A continuación, sonó el himno nacional por los altoparlantes y algunos jóvenes Zapatistas alzaron sus brazos en un saludo militar. Ellos también son “mexicanos al grito de guerra” –como reza el beligerante himno nacional-. La ceremonia de apertura estaba totalmente marcada por los gestos militares; alguien les ordenaba estar “firmes”. Sin embargo, la batalla claramente no era contra México, cada acto repetía su amor por el país. La batalla era contra el gobierno nacional y contra los partidos políticos que una y otra vez habían roto los tratados y traicionado los derechos indígenas.

Reflexión Dos: Gobiernos ‘Buenos’ y ‘Malos’

La entrada al ‘territorio rebelde’ marca la línea entre dos sistemas políticos interconectados; ambos performáticos, ambos enmascarados. El proyecto político Zapatista –que se desplegaba ante mis ojos por primera vez- no era “indígena” ni en su forma ni en su contenido –era la eterna batalla por un buen gobierno. Por un lado, estaba el ‘mal’ gobierno neo-liberal (conuerdo con los Zapatistas) caracterizado por la violencia, la corrupción y la codicia. Por el otro, el ‘buen’ gobierno, ese que analiza los mecanismos básicos del poder existente (no como una cosa que se tiene, sino como una práctica de relaciones sociales, es decir, de un poder que se ejerce sobre algo o alguien) y se pregunta: ¿quién lo ejerce?, ¿quién decide?, ¿quién es dejado fuera? Y entonces, esas prácticas y esas relaciones se transforman en principios centrales:

- a. las asambleas participativas (“el pueblo decide”);
- b. la no discriminación (el Zapatismo no es normativo. Aunque explotados largamente como indígenas, su estrategia niega la política identitaria –sea ésta de base



étnica, religiosa, de género, sexual, de clase o lingüística-. Aquí el problema no es el ser, sino, de nuevo, el hacer, el unirse a la lucha por los derechos indígenas);

c. la colaboración (“Para Todos, Todo. Para Nosotros, Nada”). El Zapatismo valora los derechos individuales, pero reconoce que los individuos no pueden batírse las solas y que existen como parte de un colectivo: SOLOS NO PODEMOS.

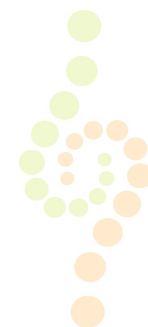
Y no obstante, ambos son gobiernos. La resistencia, aquí, no implica un rechazo al gobierno o a un “afuera” que se propone más allá de lo político. La resistencia es, como lo mencioné antes, una performance duracional, con sus crisis, sus caídas y sus puntos altos, y los Zapatistas son los maestros del género. En este contexto, los Zapatistas se niegan a adscribir a un concepto de gobierno que funciona en provecho de los mismos partidos políticos que lo conforman. Reconocen las causas histórico-políticas de su marginalización al tiempo que administran sus ‘efectos’ y sus ‘afectos’. El anonimato que se les impone es performado mediante su poderosa máscara; su silenciamiento forzado es puesto en acto a través de sus silenciosas marchas masivas. Los Zapatistas destacan el hecho de que la máscara que usan es tan sólo una más en un complejo sistema de enmascaramientos. Los políticos se disfrazan a sí mismos y ocultan sus actos detrás de los imperativos del “Estado”.⁶ Cuando los delegados del gobierno mexicano se negaron a negociar con los Zapatistas a menos que se sacaran las máscaras, los Zapatistas respondieron: “Pero si el Estado siempre está enmascarado” (Taussig 1999: 239). Al menos, dicen los Zapatistas, “ellos saben que van enmascarados” (Taussig 1999: 246).

La fuerza performática de estos gestos resuena nacional e internacionalmente, y es la única razón por la cual siguen hoy aún con vida. Los Zapatistas se han hecho cargo de las funciones asociadas con los “sistemas del estado” –la salud, la educación, la administración de los recursos naturales, la autodefensa y el control de su territorio-. ¡Al tacho con las tácticas del débil! Reivindican la estrategia, lo “*propre*” -lo propio, el espacio y el tiempo que les pertenecen-, tal como afirmaba De Certeau, “sirve como la base para generar relaciones con un exterior distinto de sí mismo” (De Certeau, 1984: 19). Ellos deciden quién entra en su territorio, cuándo y bajo qué circunstancias. Habiéndoles entregado nuestros papeles, esperamos el permiso para seguir adelante. Entramos en su zona temporal.

Reflexión Tres: Ethos

Si bien la lucha por crear un “buen” gobierno no es “indígena”, el sistema de valores a través del cual esa lucha se desarrolla ciertamente sí lo es. Los Zapatistas habitan el antiguo sistema de equivalencias maya, así como su conectividad profundamente enraizada y su reconocimiento mutuo. Los seres humanos, el maíz, los caracoles, las montañas, la lluvia, etc., cada una de estas cosas tiene su *ch’ulel*, la animación e interconexión entre todas las cosas, humanas y no humanas. Un Zapatista a quien conocí durante esos días lo puso así: “*ch’ulel* es la vida en todas las cosas. Es la presencia que construye y completa todo lo que existe en el universo y que le da su importancia”, su dignidad y *grandeza*. Los mesoamericanos empezaron a cultivar el maíz hace 10.000 años y, son, por lo mismo, la gente del maíz. Monsanto quiere cultivar el maíz, no matarlo -eso afirma la transnacional-; pero va a matar su ‘*ch’ulel*’. El maíz

⁶ Esto resuena a la observación de Abrams de que “El Estado no es la realidad detrás de la máscara de la práctica política. Es, en sí mismo, la máscara que nos impide ver la práctica política tal cual es” (en Taussin, 1999: 58).



modificado genéticamente se va a convertir en una cosa muerta más dentro de la enorme producción capitalista de cosas muertas. ¡Ya Basta! El desafío es “cómo crear un mundo basado en el reconocimiento mutuo de la dignidad humana, de la formación de las relaciones sociales que no son relaciones de poder” (Holloway, 2010: 8), escribe Holloway, un importante interlocutor para los Zapatistas. Una manera de hacerlo ha sido la utilización del NOSOTROS inclusivo que dialoga con otros NOSOTROS, otros grupos de personas capaces de representarse a sí mismas. En nuestro propio sistema de creación de sentido, esto podría equivaler a tener a un grupo de Ocupas de *Occupy Wall Street*, por ejemplo, discutiendo con otro grupo de Ocupas –otros NOSOTROS organizados colectiva o autónomamente–.

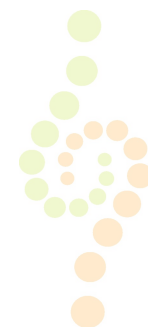
El *caracol*, como formación social, pone en acto todo el sistema de equivalencias. Los caracoles llevan su hogar consigo; sus pinturas y dichos contienen toda una visión de mundo. En la mayoría de los murales, pinturas y textiles, aparecen imágenes de caracoles, a menudo con divertidas máscaras zapatistas. Los Zapatistas honran no sólo el paso lento y firme del caracol, la paciencia y el gasto que se requiere para lograr cualquier cosa, sino también la forma de su concha, que usan como base para disponer las tierras comunales abriéndose en espiral a partir de los apretados centros administrativos. En los glifos mayas tradicionales, el modesto caracol también representa la guerra, esa guerra que los mayas han tenido que solventar por tanto tiempo contra los señores coloniales e imperialistas y, ahora, contra sus banqueros (la eliminación de los Zapatistas fue la precondition que puso Chase Manhattan Bank para el rescate después del desastre económico que precipitó el NAFTA en 1995).

Reflexión Cuatro: NOSOTROS

En ese punto de la celebración, una mujer cuyo nombre no se mencionó y que se identificó tan sólo como miembro de la Junta del Buen Gobierno, se dirigió a la multitud en español: “Compañeras, compañeros, hermanas y hermanos de la sociedad civil, nacional e internacional”. Desde el levantamiento zapatista, como ya he señalado, la paridad de género ha sido un elemento central para el movimiento. Esto se refleja no sólo en todos los cargos de gobierno, los puestos oficiales y las prácticas educativas, sino también en el lenguaje mismo. Ninguna palabra que termine en masculino se deja sin su contraparte femenina, hermanas y hermanos. La compañera de la JBG habló de las batallas que el movimiento había tenido que dar a través de los años: “No han sido fáciles”, admitió, “estos diez años de práctica y construcción de nuestra autonomía... No han sido fáciles por muchas razones, como la falta de experiencia o la falta de entrenamiento en el gobierno y en el autogobierno” (Gil y Mandujano, 2013: 34-36). Sin embargo, la necesidad de la resistencia perdura, lo deja en claro, enfrentados como están a un gobierno que continúa negándoles sus derechos y la libertad, y que quiere arrebatarles sus tierras. Los Zapatistas, dice, siguen aprendiendo cómo resistir y trabajar por la democracia, aunque los frutos de la lucha no lleguen a ser visibles en los años que les toque vivir. La compañera les pide a las personas de buen corazón y buena voluntad que componen la sociedad civil que apoyen la lucha zapatista.

¿Se estará refiriendo a nosotros?

Después de que la compañera terminó de hablar, otro miembro de la JBG de otra región tomó el micrófono y dio el mismo discurso en Tzeltal. Cuando terminó, otro lo hizo en Tzotzil. Los discursos me parecían interminables en medio del aguacero y miré desconsolada mis zapatos estropeados.

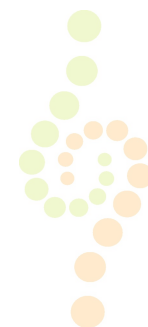


Pronto se acabaron los discursos y las banderas dejaron el espacio central en una marcha ceremoniosa. Los próximos pocos minutos fueron todos ¡VIVAS! ¡Larga vida a la Escuelita Zapatista! ¡Viva la sexta nacional e internacional! ¡Viva la sociedad civil nacional e internacional! ¡Viva! Los ¡vivas! se hacían más y más fuertes a medida que alcanzábamos los ¡Viva las bases de apoyo zapatistas! ¡Viva el subcomandante insurgente Marcos! ¡Viva el subcomandante insurgente Moisés! ¡Viva el comité clandestino revolucionario indígena! ¡Viva el Ejército Zapatista de Liberación Nacional! ¡Viva! ¡Viva Chiapas! ¡Viva México! Comienza entonces una música festiva y se oyen las palmas con entusiasmo. Pronto, todos los representantes marchan fuera del podio, una larga fila de mujeres y hombres que caminan unos tras otros, en sus finas ropas autóctonas. En medio de la espesa lluvia, se desplazan rápido, aunque de manera formal, por la larga calle que lleva a la entrada del caracol. La música, unos *corridos* metálicos y bullangueros con un pulso que recuerda la polca, canta la historia de unos heroicos opositores a los malos gobiernos.

Y entonces empezó el baile: la música salía por los altoparlantes y un maestro de ceremonias invitaba a la gente a ir a la cancha de basquetbol, ahora convertida en pista para la danza. Iban apareciendo las parejas con unos plásticos negros sobre sus cabezas y los pasamontañas sobre el rostro, moviéndose lenta, rítmicamente al son de la música. Algunos miembros de nuestro grupo se les sumaron, bailando desenfrenadamente y felices en su compañía.

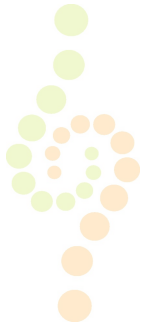
Entonces, para volver a la pregunta de los Zapatistas: ¿qué estamos haciendo aquí? Quienes están dispuestos a seguir las palabras de Moisés, se convierten en un NOSOTROS por el sólo hecho de asistir a la fiesta. Ese gesto performativo inició un diálogo entre estos NOSOTROS, diálogo que protege a los Zapatistas del exterminio, pero que también nos anima a nosotros. Los actividades de los movimientos descolonizadores, anti-globalización, ambientales y otros siguen encontrando inspiración en los Zapatistas. NOSOTROS también servimos como un tercer elemento vital para el sistema aparentemente binario establecido por los buenos y malos gobiernos; esa sociedad civil que determina, en parte, quién vive y quién muere. Los sistemas producen vulnerabilidades; y es posible movilizar otros sistemas, redes y equivalencias para desactivar algunos de sus efectos y afectos debilitantes. He venido a “escuchar y aprender”, como nos pidió Marcos (2013) de buena fe, pero también sé cuánto tengo que desaprender para poder escuchar.

La lluvia, el barro, la pobreza parece no amilantar o poner a prueba el orgullo o la determinación de los Zapatistas. Según las cifras que citan, las comunidades Zapatistas han logrado mayores niveles de salud y educación que otras comunidades indígenas en México. Sin embargo, Chiapas sigue siendo, veinte años después, uno de los estados más pobres de la nación. Sufre de una mayor desigualdad ahora que antes; y de mayores tasas de analfabetismo. Carlos Monsivais, quien escribía mientras acompañaba a los Zapatistas en su “Marcha por la Dignidad” del 2001, notó que, en el caso de México, el indiscutible y evidente “reconocimiento de los derechos a la educación, la vivienda, la salud, la tierra, a fuerza de discriminación, lo obvio, lo indiscutible, se vuelvo lo utópico” (Monsivais, 2003: 34). Mientras más avanzan los Zapatistas, más lejos parecieran apartarse los ideales “utópicos” de la justicia social. Pero siguen luchando. Supongo, sentada aquí, que el patente sentido de dignidad de los Zapatistas supera muchas privaciones. Tal como nos han mostrado, ellos toman sus propias decisiones y hacen sus propias reglas. Quienes quieran interactuar con ellos, necesariamente tienen que respetarlas. Cuando nos permitieron –o nos invitaron– a entrar en su territorio, esperaban que actuáramos como testigos y transmisores de sus modos de existencia, su



resistencia y su visión de mundo. Digo visión de mundo más que ideología porque los Zapatistas son pragmáticos no ideólogos. Tal como deja en evidencia esta celebración nocturna, los pueblos indígenas comprometidos con la resistencia activa al ‘mal’ gobierno son bienvenidos –sin importar las tensiones religiosas, lingüísticas y regionales que a menudo separan los grupos–. Indígenas, católicos, evangélicos, incluso musulmanes, que se pelean unos con otros en todo el estado, ahora bailan juntos.

Y toda la noche, y durante toda la semana, la Fuerza Aérea Mexicana sobrevuela los caracoles, no vaya a ser que NOSOTROS nos olvidemos de que pueden hacerlo.



Bibliografía citada

DE CERTEAU, Michel (1984); *The Practice of Everyday Life* (traducción de Steven Randall), University of California Press, Berkeley.

GIL, José y MANDUJANO, Isáin (2013); “Una década de caracoles”, en *Proceso* núm. 25, agosto, pp. 34-36.

HOLLOWAY, John (2010); *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Sisifo Ediciones, Bajo Tierra Ediciones y el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidad “Alfonso Vélaz Pliego” de la BUAP, México D.F.

LOMNITZ, Claudio (2015) en Marcos Steuernagel (ed.), *Resistant Strategies*, e-book presentado de Duke University Press, en prensa.

MONSIVAIS, Carlos (2003); *EZLN: Documentos y comunicados, Vol. 5 “La marcha del color de la tierra”, 2 de diciembre de 2000 / 4 de abril 2001, Crónica de Carlos Monsivais*, Ediciones Era, México D.F.

MORRIS, Walter (2012); *A Textile Guide to the Highlands of Chiapas: Guía Textil de los Altos de Chiapas*, Independent Publishers Group.

RÍOS, Viridiana (2014); “Chiapas, peor que ayer” en *Nexos*, enero. Disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=15676>. Fecha de consulta, 02/12/2014.

SCOTT, James C. (1990); *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, pp. 4-5.

SITIO WEB DE LA PRESIDENCIA DE MÉXICO (2014); Disponible en: <http://zedillo.presidencia.gob.mx/pages/chiapas/docs/sanandres.html>. Fecha de consulta, 02/12/2014.

SITIO WEB DEL HEMISPHERIC INSTITUTE COURSES (2013); Disponible en: <http://hemisphericinstitute.org/hemi/en/summer-2013-mexico>. Fecha de consulta, 02/12/2014.

SUBCOMANDANTE MARCOS (2013) “Malas y No Tan Malas Noticias”, en *Enlace Zapatista*, noviembre. Disponible en: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2013/11/03/malas-y-no-tan-malas-noticias/>. Fecha de consulta, 30/12/2013.

TAUSSIG, Michael (1999); *Defacement: Public Secrecy and the Labor of the Negative*, Stanford U.P, Stanford.

TAYLOR, Diana y SERVIN, Jacques (2013); *Nosotros: Interview with a Zapatista*, Chiapas, México.

VERA HERRERA, Ramón (ed.) (2001); *El otro jugador: La caravana de la dignidad indígena*, La Jornada ediciones, México.

